

ligión cristina. De su lectura se desprende el discurso propio del humanismo teológico del primer tercio del siglo XVI. Un discurso de búsqueda, dialogante, contemporizador en cierto modo, que parece no haber fijado con solidez el horizonte dogmático y doctrinal y que, sin embargo, lo anhela y lo desea.

No estamos, pues, ante catecismo fácil. Es más, cuando se analiza y se lee con visión postridentina resulta susceptible de ser tachado de erasmista, y dilucidador de buena parte de los avatares y sucesos por los que atravesó la vida de Luis Vives. En el fondo, lo que Vives está planteando es su visión sobre la imagen doctrinal y humanista de una parte importante de la Europa del primer tercio del siglo XVI. Vives es fiel a su conciencia, se muestra cristiano ortodoxo; pero, consciente del peligro de ruptura, da la sensación de que pacta con los protestantes una doctrina de mínimos, reduciendo los sacramentos fundamentalmente a dos: eucaristía y bautismo. No es que niegue los otros, sencillamente se ciñe y en cierto modo parece plegarse a lo que demandaban sacramentalmente los luteranos. Incluso el modelo de la Virgen María, como medianera de todas las gracias, es susceptible de revisión y replanteamiento. Para Vives, María es la madre de Cristo, pero sobre todo es una fiel y humilde cris-

tiana que, viviendo con realismo el mensaje evangélico, quiso resaltar la trascendencia y amor a su Hijo, sin protagonismo alguno, pasando enteramente desapercibida, hasta el punto de no querer tener intervención indirecta o mediadora en la consecución de la gracia divina.

Después de la lectura de la obra, de los acontecimientos religiosos subsiguientes y de la trayectoria vital del propio Vives parecen suscitarse diferentes preguntas que el lector no puede dejar de plantearse. ¿Fue Vives una víctima de su tiempo o incluso un instrumento al servicio del emperador Carlos V? ¿Su Diálogo, como una invitación al acercamiento de los protestantes, no estaba condenado de antemano al fracaso? ¿Por qué Melancton, fiel defensor de las ideas de Lutero, no aceptó las ideas del Diálogo cuando estábamos ante un cristianismo de mínimos? Las preguntas son muchas y las respuestas, sean las que sean, desembocan en un denominador común: el consenso religioso brindado por Vives no fue posible, sencillamente fracasó.

No obstante, estamos ante una obra digna de ser leída, estudiada y analizada en los tiempos actuales. Su estudio y reflexión contribuirá en buena medida a entender mejor el devenir del cristianismo en Europa.

Javier VERGARA

Gonzalo REDONDO, *Política, cultura y sociedad en la España de Franco (1939-1975)*, tomo II-2: 1951-1956, Pamplona: Eunsa, 2009, 1120 pp., 21 x 28, ISBN 978-84-313-2611-1.

El último libro del historiador Gonzalo Redondo (1936-2006) puede ser considerado el más profundo de los tres volúmenes publicados (el tomo I abarca desde 1939 hasta 1947 y el tomo II-1 desde 1947 hasta 1951) y, por supuesto, mejor documentado

que los dos volúmenes de la *Historia de la Iglesia de España 1931-1939* (Madrid: Rialp, 1993). Para el nuevo libro ha utilizado más de un centenar de archivos de grandes personalidades de la historia española reciente (políticos, militares, catedráticos, obispos,

etc.), que están conservados en el Archivo General de la Universidad de Navarra.

El autor se limita a mostrar qué paso y por qué pasó lo que pasó en el mundo político, cultural y religioso de la España de Franco, desde 1951 hasta 1956. A lo largo de más de mil páginas aparecen datos conocidos y otros inéditos de las minorías dirigidas, que lucharon por construir una nueva España.

Muchos son los temas y los asuntos que aparecen en este libro, y entre otros –por ejemplo– merece la pena mencionar por qué Juan Carlos de Borbón se educó según la voluntad de Franco, e inició así el camino para ser hoy Rey de España (pp. 795-808), la intervención decisiva de los propagandistas (pp. 540 y 736), el desarrollo externo del Opus Dei (p. 210) y el papel jugado por algunos de sus miembros en política y en actividades culturales en los años cincuenta (pp. 569-571), los primeros pasos de importantes hombres públicos, entre los que cabe señalar la figura de Joaquín Ruiz-Giménez.

En el verano de 1951, Franco cambió el Gobierno con el propósito de recuperar la unidad del Movimiento Nacional. Llamó al embajador ante la Santa Sede, Joaquín Ruiz-Giménez, para que ocupase el Ministerio de Educación. Ruiz-Giménez intentó promover una reforma profunda de la enseñanza media y superior. Los homenajes a Unamuno y Ortega le enemistaron con parte de los obispos y algunos políticos e intelectuales antiliberales, como Rafael Calvo Serer. La entrada de Ruiz-Giménez significó la vuelta de los llamados «tradicionalistas liberales» que habían gobernado desde el final de la Guerra Civil hasta 1941 (p. 14). La tarea de construir una sociedad cristiana desde el Estado presentaría serias grietas a partir de 1953.

En las primeras semanas de 1954 se produjeron altercados entre universitarios de Madrid y la policía, con medio centenar de heridos. El origen de este enfrentamiento había sido una manifestación estu-

diantil en las calles de Madrid en protesta por la visita de Isabel II a Gibraltar, que fue disuelta violentamente por las fuerzas del orden público. Los disturbios estudiantiles motivaron una incipiente preocupación en el Gobierno ante el descontento creciente de la juventud por la situación política (p. 655). En 1956 se multiplicaron los enfrentamientos los estudiantes con la policía y todo terminó con una quincena de profesores y estudiantes detenidos, entre los que se encontraban Miguel Sánchez Mazas (hijo de uno de los fundadores de Falange), Javier Pradera (nieto del diputado tradicionalista Víctor Pradera) y el poeta Dionisio Ridruejo (Jefe del servicio de Propaganda del primer Gobierno de Franco, que después se alistó en la División Azul). Estos disturbios provocaron los ceses del Ministro de Educación y del Ministro Secretario General del Movimiento (p. 1036). De este modo, la emancipación de la juventud universitaria cerraba un capítulo de la historia reciente de España, gracias al cuestionamiento de la hegemonía del sindicato estudiantil falangista en la Universidad, y abría una nueva etapa llena de interrogantes (lástima que el profesor Gonzalo Redondo no pudiera seguir con esta historia).

El libro termina con un elenco de fuentes documentales, publicaciones periódicas y libros consultados. Y, a continuación, los utilísimos índices de nombres, cuadros e ilustraciones y el índice general, que están elaborados con sumo cuidado y precisión.

A lo largo del volumen el autor ha contestado a muchas preguntas sobre el Estado español en los años cincuenta, gracias a las cartas, informes y otros documentos consultados y también a un aplastante sentido común: «lo que realmente pasó, suele coincidir con la hipótesis más sencilla» (p. 795). En definitiva, un libro de consulta necesaria para saber cómo eran los políticos, los intelectuales y los obispos en la España de los años cincuenta.

Onésimo DÍAZ